

MENEMNO M.

No una sino ciento haré, por eso pide.

DOROTEA.

Que despues de comer lveves aquella saya que me diste á maestre Chillon el sastre, para que la desfigure y haga á mi voluntad.

MENEMNO M.

Avisada eres en todo, porque haciéndolo asi, ternás saya á tu medida, y no la conocerá aquella maldita de mi muger.

DOROTEA.

¿Puedes llevarla cuando te fueres?

MENEMNO M.

¿Por qué no la tengo de llevar?

DOROTEA.

Entra, amor mio, y cierra esa puerta.

ESCENA VII.

CASANDRO. AUDACIA. TALEGA.

CASANDRO.

¿Dó estás, hija? Sal acá.

AUDACIA.

¿Qué mandas, señor padre?

CASANDRO.

Dias ha que deseaba decirte mi parecer, y lo he dilatado hasta que me dices una ocasion para ello de tantas como me has dado para sentillo.

AUDACIA.

¿No te parece que tengo razon, señor padre, de estar quejosa?

CASANDRO.

No, porque si cuando yo te casé con Menemno, no seguí el uso de este maldito tiempo que primero se habla de la hacienda y á la postre de la persona, fue la causa viendo las virtudes de mi criado y tu marido, que pienso no haberle dado tanto cuanto meresce.

AUDACIA.

Demasiado le diste.

CASANDRO.

Es verdad si tú fueras de otra suerte.

AUDACIA.

¿De qué suerte? ¿Soy alguna fea?

CASANDRO.

No, sino hermosa, y es lo peor que le di.

AUDACIA.

¿Por qué?

CASANDRO.

Porque se ofrece á grandísimos trabajos el que casa con muger hermosa.

AUDACIA.

¿A qué trabajos siendo ella buena?

CASANDRO.

Oye. Lo primero se ofrece á sofrille su altivez y soberbia por ser hermosa como tú. Lo segundo, que por ser buena de su persona (cual tú te precias de serlo) le nasce, por no ser acompañada de humildad, una vanagloria insoportable de sufrir, y sin eso pretendéis todas las hermosas que cometen heregía vuestros maridos, si entienden en otro sino en daros placeres.

AUDACIA.

Tales los tenga quien mal me quiere, cuales mi marido me los da á mí.

CASANDRO.

Eres tú la causa de ello.

AUDACIA.

¿Yo? ¡Ay desdichada de mí! ¿Que él viva amancebado soy yo la causa?

CASANDRO.

Sí, en serle tan desdeñosa como lo eres, segun que yo por mis ojos lo he visto: que si te sigue le huyes,

si te sirve no lo estimas, si te ama lo aborreces, si te halaga le maldices, si te olvida lo infamas, y si te hace fiestas dices que te engaña.

AUDACIA.

En cuanto á eso no le debo nada.

CASANDRO.

Sí le debes, y mucho, porque las costumbres del marido han de ser leyes para la muger, y tú haces lo contrario.

AUDACIA.

Porque son malas sus costumbres, por eso las contradigo yo.

CASANDRO.

En tu mano está hacer que sean buenas.

AUDACIA.

¿De qué manera?

CASANDRO.

Con cinco yerbas que traigas contigo.

AUDACIA.

¿Dime qué yerbas son esas?

CASANDRO.

La primera que seas callada: la segunda que seas pacífica: la tercera que seas sufrida: la cuarta que seas honesta, y la quinta que seas retraida. Estas cinco yerbas, hija mia, son de tal propiedad, que las malas costumbres del marido convierten en buenas.

AUDACIA.

Así podrian ser cincuenta, que á mi marido no le quitarán que no tenga una puta. Pero no quiero altercar mas contigo, que siendo mi padre abogas contra mí.

CASANDRO.

Ni es menester sino que mudemos de palabras y tú de condicion. Aquel que allí viene parece que sea Talega.

TALEGA.

¡Ah señor!

CASANDRO.

¿Qué hay de nuevo?

TALEGA.

Calzas, zapatos, sayos, camisas, en fin cuanto quieras comprarme.

CASANDRO.

Acabad ya de decir á lo que venís.

TALEGA.

Pues no me turbe su mercé. El señor Duarte manda.... No, no, sino que soplica á vuestra merced.

CASANDRO.

¿Qué me soplica, enalbardado?

TALEGA.

Que le ruega que perdone y que coma á su pracer con la señora, porque yo y....

AUDACIA.

Siempre el ruin delantero.

TALEGA.

Tiene razon. Que el señor Menemno y yo quiere que manduquemos con él.

CASANDRO.

Bien está. Entremos, hija, y tú tambien.

TALEGA.

No yo. ¡Pésete á mal grado! Que me acusará contumacia la señora Doro.... El señor Duarte quise decir, si no voy á comer luego.

CASANDRO.

¿Qué es eso de la señora Doro? Entra, entra, que luego te irás.

ESCENA VIII.

MENEMNO, MANCEBO. DOROTEA. TALEGA.

MENEMNO M.

¡Oh inmortales dioses! Muchas gracias os hago porque habeis permitido que una ramera, que acostumbra de robar á los mancebos, me haya dado de su propia voluntad á comer y este diamante y saya. Bien sé que me ha tomado por otro, mas con todo eso no me acusa la conciencia para tornárselo por agora, por-

que dicen que quien hurta al ladrón, &c. Buscar quiero á mi esclavo para reir con él de la burla, y gozar con él de estos putánicos despojos.

TALEGA.

Yo doy al diablo las preguntas, y á quien las inventó á las horas del comer. Sabía Casandro que soy convidado, y preguntábame mas cosas de su yerno que días hay en longanizas, como si le habia yo de otorgar la verdad.... Mas ¡oh! helo allí. La saya es vuelta en su poder. Mal va esto: tormenta debe de correr entre él y la pelleja Dorotea. ¡Cuál sería que la comida se embarazase! ¡Ah Menemno!

MENEMNO M.

¿Qué quieres, amigo?

TALEGA.

¿Dó va la saya?

MENEMNO M.

No va, que yo la llevo.

TALEGA.

¿A dó por tu vida?

MENEMNO M.

A casa de maestre Chillon el sastre para que la adobe.

TALEGA.

Despues se hará eso, señor: vamos á comer primero.

MENEMNO M.

¿Qué diablo ha de ser esto con tantos convidados como hay en esta ciudad?

TALEGA.

Yo no te convidó, señor, antes tú me has convidado á mí.

MENEMNO M.

¿Adónde?

TALEGA.

En casa de Dorotea.

MENEMNO M.

¿Cómo te llamas?

TALEGA.

¿A la hora del comer cómo te llamas? Buena burla es esa.

MENEMNO M.

A fé que no burlo.

TALEGA.

Talega me llamo.

MENEMNO M.

¿Qué tú eres Talega?

TALEGA.

Al tiempo de vete allá, vete acá, no me desconoces como agora, si no te burlas.

MENEMNO M.

Que ni me burlo, ni te conozco. Ve con Dios.

*

TALEGA.

Una vez que en toda mi vida he sido convidado, salirme tan al revés por mal agüero lo tengo. Mas no quiero desconfiar sin primero hablar con Dorotea. ¿Quién está en su casa?

DOROTEA.

¿Quién llama?

TALEGA.

Talega soy, señora. ¿Qué es de mi amo Menemno? ¿Es venido á comer?

DOROTEA.

¿Cómo si es venido? Ya vino y se fue.

TALEGA.

¿Qué ya comió? ¿Mezquino de mí!

DOROTEA.

Ya comió. ¿Cómo no veniste?

TALEGA.

No me burle, señora, que me fino de hambre.

DOROTEA.

Que no me burlo.

TALEGA.

Oiga, señora Dorotea.

DOROTEA.

Ve con todos los diablos que no quiero oírte.

TALEGA.

¿Así que desa manera se trata á Talega? ¡Oh Ta-

lega! ¡Talega! ¿quién te vido en el establo almohazando los caballos, harto de torreznos, y agora muerto de hambre por andar entre putas y rufianes? Mas para esta que yo haga de manera que le haga mal provecho á Dorotea la saya y á Menemno la comida, que yo lo diré á mi señora.

ESCENA IX.

MENEMNO, CASADO. DOROTEA. AUDACIA. TALEGA.

MENEMNO C.

No me acuerdo despues que nací estar sin comer á tal hora, especialmente siendo convidado; mas cáusalo tambien este diablo de Micer Duarte con ser tan prolijo en sus cuentas. ¿Pero qué es esto que Talega no vuelve de donde lo envié? Por ventura estará ya en casa de Dorotea. Quiero llegarme allá. La puerta veo cerrada. ¡Ola, aho! Abrid aqui.

DOROTEA.

¿A quién han de abrir?

MENEMNO C.

A tu cativo, señora mia.

DOROTEA.

¿Qué es esto, señor Menemno?

MENEMNO C.

¿Qué ha de ser?

DOROTEA.

¿Tan presto eres de vuelta? ¿Diste ya la saya á Chillon el sastre y el diamante al platero?

MENEMNO C.

¿Qué saya, qué diamante me has dado?

DOROTEA.

No te hagas de nuevas ni burles de mí, que la saya y el diamante que me diste, te dí.

MENEMNO C.

¿Para qué?

DOROTEA.

Para que lo hicieses adobar todo.

MENEMNO C.

¿Adónde me lo diste?

DOROTEA.

Aqui dentro con mis propias manos.

MENEMNO C.

¿Cuándo?

DOROTEA.

Cuando acabamos de comer tú y yo.

MENEMNO C.

Engañada vives.

DOROTEA.

Asi es la verdad, pues que burles de mí.

MENEMNO C.

Digo que despues que te dí la saya no he puesto los pies en tu casa.

DOROTEA.

Buen disimular es ese, Menemno.

MENEMNO C.

No hay aqui ningun disimular.

DOROTEA.

¿Y cómo? ¿de esa manera te piensas alzar con la saya y el diamante? Pues para esta, que ó no seré yo Dorotea, ó tú me lo trairás todo perfumado.

MENEMNO C.

No me espanto de fieros de puta. ¿Qué, cerráisme las ventanas? Ábranse estas puertas.

AUDACIA.

Asi, qué ruñan te has tornado, marido. ¿Pensabas que no te habia de tomar en el lazo? Nunca mi corazon me fue traidor.

MENEMNO C.

¡Oh señora muger! ¿y qué buscas por acá?

AUDACIA.

Agora me dice señora, y me pregunta qué busco.

MENEMNO C.

¿Pues á quién, á Talega?

TALEGA.

Yo no sé nada de la saya.

MENEMNO C.

Por mi vida que me digas á qué vienes.

AUDACIA.

Por la saya vengo.

MENEMNO C.

¿Por qué saya ó sayo?

AUDACIA.

Por la que me has hurtado, sin otras cosas, para dar á tu puta.

TALEGA.

Él es de ella, que no ella de él.

MENEMNO C.

¿No callareis vos, don bellaco?

TALEGA.

Tú haces las bellaquerías: no me cale hacer señas que calle.

MENEMNO C.

Por el dios Júpiter te juro, muger, que tales señas no he hecho; mas si no mirase que viene contigo, yo le castigaria.

AUDACIA.

Déjate de eso: daca la saya.

MENEMNO C.

¿Ha habido en casa algun desaguizado que asi vienes despavorida?

AUDACIA.

Palabras.

MENEMNO C.

¿Has habido quision con tu padre?

TALEGA.

¿Cómo anda huyendo por no otorgar!

MENEMNO C.

¿No basta que hable ella, sino tú, bellaco?

TALEGA.

No, que yo por la comida lo he.

MENEMNO C.

¿Estás enojada contra mí por ventura?

AUDACIA.

¿Pues contra quién, don traidor?

MENEMNO C.

Dime la causa, que yo haré justicia de mí.

TALEGA.

¡Oh hideputa! *Jocantibus gorgoreais*: bien parece que está la barriga llena.

MENEMNO C.

Calla, perro, si no por vida de la señora.....

TALEGA.

No callaré, pues comiste sin mí.

MENEMNO C.

Dí adónde, ahorcado.

TALEGA.

Ponte en medio, señora.

AUDACIA.

No me le toques. Dí adónde.

TALEGA.

En casa de la puta Dorotea.

MENEMNO C.

¿Yo? aun me vea comido vivo si hoy he comido
bocado ni puesto los pies en su casa.

AUDACIA.

No lo niegues, que la verdad de todo me ha conta-
do Talega.

MENEMNO C.

¿Qué le dijiste, puerco?

TALEGA.

No sé. *Dictum vel non dictum*, ya está dicho. Pre-
gúntaselo á ella que te sabrá bien jabonar.

MENEMNO C.

¿Qué te dijo, señora mia?

AUDACIA.

¿Cómo haces del raposo! Díjome que me hurtaron
de mi casa una saya.

MENEMNO C.

¿Cómo? ¿A tan buen recaudo la tenias?

AUDACIA.

¿Quién se podrá librar del ladron de casa?

MENEMNO C.

¿Quién es el ladron de casa?

AUDACIA.

Uno que se dice Menemno.

MENEMNO C.

¿Por ventura hay otro Menemno sino yo?

AUDACIA.

Mira, dame la saya, y no me hagas decir desati-
nos y tornarme loca.

TALEGA.

Ninguna muger se puede tornar loca.

MENEMNO C.

Ya tengo probado, señora muger, lo mucho que
me amas y te debo. Si yo he fingido tener amistad
con Dorotea, ha sido para ver si harias aquel senti-
miento que las que mucho aman á sus maridos sue-

len hacer. La saya se la dejé para solamente sacar la invencion de ella, porque dijo que nunca tan gentil dama te ha visto, como cuando vas con aquella saya. Sosiégate por amor de mí, que yo la cobraré.

AUDACIA.

Crejera lo que dices si no creyese quien tú eres; mas pues te conozco por mis pecados muy conocido, á otro can con ese hueso, y venga la saya y el diamante.

TALEGA.

Pues que Dorotea se contenta con las obras, contentate tú con las palabras.

MENEMNO C.

Hasta que yo os muela á palos no callareis, don mazorrar. Señora, ve con Dios, que no pararé hasta que seas servida.

AUDACIA.

Vamos, Talega, que razon es que mi padre sea informado de vuestras trapazas.

TALEGA.

Yo, no señora. *Audi aliam partem si vis recte judicare.*

AUDACIA.

¿Qué tengo de oír?

TALEGA.

Que harto le amonesté que no fuese tras putas, pues que le sobraba tenerte á tí.

AUDACIA.

Calla, mal criado, y anda allá, que tú y él entonces sereis buenos cuando la rana terná pelo.

TALEGA.

Crea, señora, que *col natura dat nemo negare putas.*

AUDACIA.

Entra, enhoramala con tus latines.

ESCENA X.

MENEMNO, MANCEBO. CASANDRO. AUDACIA. TALEGA.

MENEMNO M.

¿Qué es esto, que no puedo encontrar con mi esclavo Tronchon? Por cierto que lo hice como mal considerado en darle la bolsa de los dineros, que por ventura se habrá metido á jugar en algun bodegon; mas no será para tanto, segun es avariento. Mas yo ¿en qué tengo de parar con esta saya callejera que parezco pregonero? ¿Pero quién son estos que vienen medio riñendo? Quiero escuchar qué pendencias traen consigo.

AUDACIA.

¿Cómo se puede sufrir, señor padre, que esté yo casada con un tan mal hombre como este?

CASANDRO.

Descástate pues.

AUDACIA.

¡Ojalá! y costáseme un dedo de la mano.